

Miguel Ángel LÓPEZ-MORELL

La Casa Rothschild en España

Madrid, Marcial Pons Historia, 2005, 565 pp.

La incidencia del capital extranjero en los países emergentes ha sido un tema recurrente en la historiografía mundial. Los estudios clásicos de Rondo Cameron, Arthur Lewis, Alexander Gerschenkron, Hans Singer o Ragnar Nurkse, entre otros, tuvieron en los años setenta gran influencia, bien por descubrir la importancia que efectivamente ejercieron esos capitales en la ruptura de las tendencias retardatarias en los países receptores, o bien por constatar las relaciones de dependencia que se generaron en algunos de ellos.

En el caso español, el estudio de los flujos de capital extranjero en la época contemporánea se concretó en una serie de investigaciones importantes, destacando las de Juan Muñoz, Santiago Roldán y Ángel Serrano, Jordi Nadal, Gabriel Tortella, Pedro Tedde, Rafael Anes y Nicolás Sánchez-Albornoz, así como las de los hispanistas Gérard Chastagnaret y Albert Broder. La visión de esta historiografía sobre las inversiones extranjeras en España no fue, en términos generales, precisamente positiva, si bien los estudios de Anes, Sánchez-Albornoz y Tortella las situaban en el origen de las primeras estructuras verdaderamente capitalistas en España. A pesar de ello, el propio Tortella insistió en que las principales, es decir, el ferrocarril y la banca que se generó para financiarlo, no ejercieron en la economía española los arrastres que se habían producido en el resto de las economías europeas, y en que pudieron, incluso, suponer un lastre para el tejido productivo nacional, dadas las excesivas facilidades que encontró la entrada de material ferroviario procedente del exterior.

Este argumento latía también en el fondo de la teoría de Nadal sobre las “compensaciones indirectas” a la inversión extranjera, según la cual los inversores obtuvieron facilidades extraordinarias para sus inversiones en la legislación sobre ferrocarril, banca y minería, además de otras concesiones especiales, como la cesión del monopolio de las ventas del mercurio de Almadén a los Rothschild o la de las minas de Río Tinto a un consorcio británico. En esta línea, encabezados por Muñoz, Roldán y Serrano, diversos autores insistieron en el evidente carácter de explotación depredadora de muchos de los sectores minero-industriales orientados a la exportación, que condicionaron negativamente elementos tan importantes para el desarrollo como el diseño de la red ferroviaria o la estructura financiera.

En las décadas siguientes esta perspectiva fue duramente criticada por autores como Sebastián Coll, Leandro Prados, Pedro Fraile o Antonio Gómez Mendoza, que aportaron nuevos datos para confirmar la oportunidad del ferrocarril o la minería de exportación en el desarrollo económico español, responsabilizando de su retraso relativo en mayor medida a factores como el proteccionismo o la incapacidad del empresariado para incorporarse a las reglas de un mercado competitivo y abierto.

Desde esta perspectiva, en definitiva, el capital extranjero, lejos de ser una rémora, habría sido un estímulo fundamental para el crecimiento económico.

En el seno del debate, parece que el único punto de encuentro ha sido la visión generalmente negativa que unos y otros comparten sobre la gestión de las cuentas públicas durante el siglo XIX, y sobre la escasa utilidad resultante de la cuantiosa inversión de capitales extranjeros en la financiación del sector público en forma de deuda pública o préstamos. Los estudios de Josep Fontana, Francisco Comín o del propio Enrique Fuentes Quintana, confirmarían para el caso español la opinión de Cameron, para quien estos capitales fueron en toda Europa “capital tirado por la borda”.

Recientemente, los trabajos de Julio Tascón, Alberte Martínez, Nuria Puig o los prometedores estudios de Rafael Castro, entre otros, con la ayuda inestimable de la recopilación documental de Teresa Tortella, aportan nuevas perspectivas al siempre polémico debate sobre la bondad y la oportunidad de las inversiones extranjeras. Lejos de los grandes enfoques, estas aportaciones proporcionan una orientación más microeconómica, que se echaba en falta en los estudios pioneros, y centran con más claridad la problemática.

El libro de Miguel Á. López-Morell aborda el caso de los Rothschild. Aunque esta no es la primera vez que un historiador español se ocupa de los negocios y las inversiones de los Rothschild en España —recuérdense los importantes estudios de Tortella, Fontana, Alfonso Otazu y Victoriano Martín—, lo cierto es que, hasta la fecha, la presencia de estos banqueros europeos en nuestro suelo no había sido objeto de un estudio que contemplara el extenso abanico de las actividades que desplegaron durante más de un siglo, desde que intervinieron en el avituallamiento de las tropas de Wellington, durante la Guerra de la Independencia, hasta que disolvieron sus inversiones en 1941. Resultado de años de investigación en diversos archivos nacionales y extranjeros (destaca muy especialmente el manejo de los fondos de las ramas francesa y británica de los Rothschild), este libro es una importante contribución a nuestra historia económica, financiera y empresarial. López-Morell describe cuidadosa y extensamente lo que fue el esfuerzo inversor más sostenido y voluminoso de toda nuestra historia, y se pregunta en qué forma contribuyó a la modernización de una economía como la española, atrasada y necesitada de iniciativas empresariales, capitales y tecnología.

Entre 1835 y 1870, los Rothschild se convirtieron en los principales agentes financieros del Estado: adelantaron a corto plazo, colocaron la deuda pública en los mercados extranjeros y suministraron pastas metálicas para acuñaciones de moneda, actividades meticulosamente descritas en este libro. Además, los Rothschild supieron aprovechar la deficitaria estructura financiera que el Estado liberal heredó del Antiguo Régimen, lo que dio lugar a unos contratos polémicos que pusieron en sus manos la comercialización del mercurio de Almadén y les permitió ejercer un monopolio en la oferta mundial de este mineral hasta 1921.

Cuando los arreglos de la deuda pública de 1876 (Salaverría) y 1880-1881 (Camacho) proporcionaron mayor estabilidad financiera al Estado, los Rothschild cerraron el capítulo de las inversiones públicas y se decantaron por las inversiones productivas, optando por los negocios mineros. La *Sociedad Minera y Metalúrgica Peñarroya, Riotinto Co., y Deutsch et Cie.*, llegarían a acaparar prácticamente la totalidad de la producción nacional de piritas y minerales de plomo, con una participación importante en la de carbón y sus derivados, y en la de ácido sulfúrico, superfosfatos y electricidad, así como en el refinado de petróleo. Desde la constitución en 1857 de la *Compañía de Ferrocarriles de Madrid a Zaragoza y Alicante*, habían desplegado también una intensa actividad como promotores ferroviarios. Con sólida base empírica, a lo largo de densas páginas, y con apoyo de numerosos gráficos y tablas, López-Morell da cuenta de la evolución de todos estos negocios, desde sus primeros pasos, hasta que entraron en crisis ante el embate del nacionalismo económico que irrumpió con fuerza en el decenio de 1920, las alteraciones de los mercados, los efectos de la crisis de 1929 y, por último, el estallido de la Guerra Civil.

Finalizado este extenso y documentado recorrido, López-Morell se pregunta por los fundamentos de la larga presencia de los Rothschild en España y vincula su liderazgo y el enorme éxito de todas sus empresas con su actuación a través de una extensa y endogámica red de agentes, su habilidad para disponer de un flujo de información privilegiada, el nivel de libertad con que actuaron frente al poder político y la proximidad a sus círculos, que consiguieron sentando a destacados políticos de todos los partidos en los consejos de administración de sus empresas, con lo que el autor se adentra en el estudio de la problemática cuestión de las relaciones entre el poder político y el poder económico. Finalmente, entre los factores de éxito, López-Morell recuerda que el monopolio fue la forma natural de actuación de estos banqueros, poco propensos a intervenir en actividades en las que tuvieran que competir en igualdad de condiciones.

En el último capítulo, uno de los de mayor interés del libro, el autor hace un balance de esta masiva presencia de capital extranjero. Lejos de participar de las negativas conclusiones a las que se ha hecho referencia más arriba, atribuye a las inversiones productivas de los Rothschild un papel fundamental en el crecimiento económico español. En su opinión, el conglomerado empresarial que lideraron movilizó recursos ociosos, facilitó el acceso a la tecnología e incrementó el stock de capital humano en España. Con relación a la financiación pública, el balance resulta también positivo. Frente a la tesis de que los contratos con el Estado fueron muy lesivos para los intereses públicos, llega a la conclusión de que el Estado, al recurrir a los Rothschild, optó por la línea más eficiente, rápida e incluso barata de captación de capitales. Señala también que los capitales aportados por la Casa Rothschild supieron las dificultades de los gobiernos en épocas críticas, por ejemplo durante las guerras carlistas, y fueron básicos en la consolidación del Estado liberal en España.

López-Morell se separa claramente, por tanto, de los planteamientos de la teoría de la depredación o de las “compensaciones indirectas”. No deja por ello de hacerse eco de los importantes problemas institucionales que sufrió la economía española, tanto en lo que afecta a las corruptelas de su clase dirigente durante la Restauración, como a las carencias del empresariado local frente a los inversores extranjeros. Por consiguiente, concluye el autor, la presencia continuada de los Rothschild en la historia económica española representa la constatación del coste que tuvo que pagar su economía por la lentitud con la que maduraron su estructura productiva y financiera y, fundamentalmente, sus bases institucionales.

En definitiva, el estudio supone una importante recopilación documental y una aportación muy útil al debate sobre la financiación del Estado liberal y sobre la participación que pudieron tener las empresas extranjeras en el crecimiento. No obstante, quizás hubiera sido interesante contrastar este proyecto inversor a gran escala con el de otros grupos que invirtieron en España y en otros países emergentes o, incluso, establecer una comparativa con diversos procesos inversores de la propia Casa Rothschild en otros territorios. Cabe siempre esperar que en el futuro López-Morell u otros autores aborden semejantes empresas.

Inés Roldán de Montaud

Consejo Superior de Investigaciones Científicas